

ción matinal los editoriales de *El Relator*, en que una voluntad adamantina, una conciencia sana y rebelde, iba minando con labor oceánica los fundamentos de un edificio levantado por el mal para contentamiento de las pequeñas ambiciones, de las mentes engreídas y de las competencias frustráneas. En ese trabajo de zapa le sorprendieron los esbirros para llevarle al destierro. La imprenta fué ocupada por el gobierno y para que se cumplieran las profecías del mismo don Santiago, el papel de imprenta confiscado sirvió para imprimir el Código Civil de la llamada regeneración administrativa fundamental.

Don Santiago murió en el destierro. Corría la época, por él anunciada en palabras de fuego. Se cumplían sus predicciones. El mal dominaba las conciencias, rebajaba los caracteres y se cernía sobre el alma colombiana a la manera del cuadrúpedo volátil en la terrible composición de Alberto Durero. Era el tiempo de la Melancolía.

Fué su interés por la educación el que hizo de Colombia hasta el año luctuoso de 1880 el país más avanzado en materias de instrucción primaria. Las generaciones que entonces recibieron el beneficio de la enseñanza elemental fueron el cemento con que se han mantenido unidos en los años de prueba que vinieron más tarde los «membra disjecta» de la república. Las naciones americanas del Sur miraban hacia Colombia en aquellos tiempos para acomodar sus sistemas educativos a las exigencias de la hora y de la inteligencia. Al influjo de esas reformas el país empezaba a civilizarse. Ninguna prueba más adecuada de la difusión de la nueva cultura en la república por aquellos tiempos que la injusta y temeraria guerra civil de 1876. La moral política de que era representante en esa emergencia don Santiago hizo de aquella guerra un ejemplo de civilidad. No hubo ejecuciones fuera del campo de batalla; la hidalguía de los tiempos caballerescos dictaba la conducta del partido victorioso con los prisioneros y detenidos. Comparando el estado de guerra en 1876 con el de 1900 se puede apreciar el abismo que media entre la civilización que contribuyó a encauzar don Santiago Pérez y la que ostentaron sus adversarios veinticuatro años más tarde.

En las incruentas labores de la prensa fue no menos saludable y fructuoso su ejemplo. La naturaleza le había ofrecido liberalmente armas terribles para la polémica. Por el ejercicio y el estudio constante logró formar el agraciado otras nuevas no menos formidables. Le hacía invulnerable en la polémica su respeto a los hechos. Al paso que sus adversarios fincaban su fuerza en desconocerlos u ocultarlos el filósofo realista y el austero pensador que era don Santiago, jamás perdían de vista el suceso en sus apreciaciones y comentarios. Por estudio y por constitución mental logró fijar siempre en su conciencia los límites de su conocimiento. Sabía con justicia hasta dónde alcanzaba su ciencia y desde qué punto empezaban a ser inciertas sus nociones sobre las cosas y los hombres. Sus adversarios no pudieron darse cuenta del poder oculto que trae

consigo esta demarcación. Por lo que hace a la forma tuvo el gran polemista liberal la maestría completa del instrumento. Conocía la lengua desde sus orígenes y había discurrido con luminosa diligencia por las obras de los mejores escritores castellanos. Sabio catador de estilos y feliz intérprete de la índole del idioma, aprovechó su conocimiento de varias literaturas modernas para enriquecer nuestro vocabulario. Le favorecieron además las hadas que quisieron hacer de él un polemista invencible con la dádiva irremplazable de una delicada y penetrante ironía. A tiempo que sus antagonistas usaban del vocablo estruendoso y mostraban en los labios las burbujas de una sorda impaciencia, don Santiago sonreía suavemente y hendía las carnes de su enemigo con la inesperada comparación envuelta entre los pliegues discretos de una ironía disolvente. En seis meses de lucha, el régimen contra el cual lanzaba diariamente los mensajes de una perfecta urbanidad empezó a sentir los preliminares del derrumbamiento y dispuso el destierro del periodista. No era posible

usar otra defensa contra las armas de que hacía uso con insuperable saber y elegancia el mejor dotado de nuestros escritores políticos en el siglo XIX.

Fué aspiración de su vida y objeto de sus actividades docentes en la cátedra y en el diario penetrar en la realidad de la vida por medio de la idea. Era clásico por educación y por temperamento. De sus enemigos más encarnizados puede afirmarse que pusieron todo su empeño como políticos, todas sus capacidades como literatos, en deformar la realidad por medio de la palabra. Envenenaron el ambiente moral, desorganizaron la inteligencia, invirtieron el significado de la vida trastornando los valores éticos. Fueron románticos fríamente, sin fe, y sin ilusiones. No era posible un entendimiento entre esas dos fuerzas. Como regímenes de vida política el carácter y el interés son incompatibles. En el curso de una vida puede el carácter sucumbir ante las maniobras interesadas de quienes siguen el criterio opuesto, pero en la historia de las naciones prevalece siempre el carácter.

B. Sanín Cano

Estampas

El homagno de la India

(Envío del autor.)

Mahatma Gandhi está dando al mundo la enseñanza heroica. Es un magno varón. Nosotros—este retazo del universo que es nuestro país—debemos abrirnos al influjo. El fariseísmo reinante gritará que no es lícito hacer lo que la tradición de paz y de progreso que nos garantiza repele por amenazante. Para el fariseísmo, Gandhi está condenado al desprecio de los pueblos. La India sojuzgada disfruta del aura civilizadora del Imperio colonizador por excelencia. Gandhi con su desobediencia está haciéndole nacer alas y desenfreno a la anarquía.

Diga el fariseísmo que la enseñanza de Gandhi es profanación y extermínala, pero los que queremos renovadas las ideas abrámosle brecha a la maraña y fecundemos un suelo apelmazado. Gandhi lucha contra la opresión de un poder lleno de infinitos recursos para el vasallaje. Conoce bien la entraña que devora las energías de su India, porque estuvo dentro de ella cuando se le quiso apaciguar el alma y descartarlo. Le habla a esa entraña en la propia lengua que ella le dió como sustituto de la suya, y le dice los males que retuercen el alma de un pueblo intervenido. Pensemos, en medio del vocerío de los fariseos, en esos males. ¿Estamos exentos de ellos? Sí, dice el fariseísmo, mientras la tradición de paz y de respeto a las leyes siga siendo nuestra consejera. Y suelta enseguida su tarabilla contra las ideas que puedan poner en peligro esa tradición.

Pero no nos hagamos ilusiones. Esa tradición los que más interés tienen en fomentarla son precisamente los que están codiciando nuestros recursos económicos y nuestra posición geográfica.

Ellos saben que mientras nos puedan halagar con el elogio de nuestras virtudes de paz y de acatamiento a la Constitución irán consiguiendo sin lucha el suelo y las aguas y el aire. ¿Y de qué disfrutaran los pueblos que han pedido la propiedad y el dominio de esos recursos? Gandhi nos da la luz que debemos proyectar en esta hora de asechanzas. Nos revela la amargura del colono.

Sin aparato ninguno expone al Imperio, por medio del Virrey Irwin, lo que quiere para su India. No redacta una proclama sino una carta sencilla que refleja el inmenso suplicio de un pueblo. Considera que el gobierno británico es una maldición («I hold the British rule to be a curse»). Terrible consideración sobre la cual queremos afirmar nuestra aspiración de libertad irrestricta. En nuestras gentes parece generalizarse el sentimiento del retorno a la colonia. Hay ya una legión haciendo común el pensamiento de que los sucesos nos encaminan a aceptar la dirección extranjera sobre todos nuestros negocios vitales y secundarios. Esa dirección se la dan al norteamericano de preferencia. De todos modos, reflexiona la legión, nos han de coger, pues que lo hagan antes de que nos acabe de llevar el diablo. Es decir, los libertos renacen y proclaman que no hay que defender la tierra, ni las aguas, ni el espacio, porque no tenemos dinero para ponerlos a producir y si tuviéramos dinero tampoco tenemos capacidad para administrar. En cambio el norteamericano, si es organizador y riega prosperidad y civiliza, y nadie padece entonces hambre ni sed de justicia.